

Algunas ideas básicas de este enfoque son las siguientes:

1. Existe una percepción social generalizada de que las sucesivas reformas educativas promovidas por los sucesivos gobiernos han fracasado. El propio Estado es incapaz de respetar los principios básicos de los distintos programas, como la colegialidad y los mecanismos no burocráticos de apoyo a la dinámica interna de los centros escolares. Esto canceló las posibilidades de cumplir los propósitos de generar cambios significativos y sostenidos desde el interior de las escuelas.
2. Lo anterior no cancela la posibilidad de transformar la educación. Esta tarea, sin embargo, no sólo es cuestión de principios; *lo es también de estrategia*.
3. La educación formal sigue sucediendo en las escuelas. En este sentido, la escuela mexicana sigue siendo una unidad de análisis y de intervención fundamental. Ahí se concretan las políticas educativas, así como las acciones de sus principales actores.

¿Qué sucede en cada escuela? Es una pregunta de soluciones complejas que no han sido fáciles de encontrar. La vida escolar es compleja y deliberada y los resultados de las propuestas de transformación cualitativa dependen de múltiples factores, difíciles de predecir.

4. ¿Cómo pasan *por la escuela* las políticas educativas del Estado mexicano? Captar y registrar los procesos vivos de los maestros, sus experiencias y percepciones cotidianas, desde su formación inicial, hasta su trayectoria dentro del sistema educativo mediante el registro de relatos de viva voz, permite armar una visión más cercana a los procesos cotidianos y a las formas y mecanismos a través de los cuales se concretan políticas educativas.
5. El conocimiento de las formas como se concretan las políticas educativas oficiales en cada espacio escolar, en primer lugar, y promoviendo de manera insistente la reflexión crítica y colegiada en la que participen maestros, directivos, alumnos y la comunidad, se pueden detonar procesos de cambio cualitativo.

* Formador de maestros de la UPN.

Recuento

Sobre el Centenario y Bicentenario

Pedro Siller Vázquez*

Las celebraciones tanto del Bicentenario de la Independencia como del Centenario de la Revolución mexicana, han estado rodeadas de ambientes muy interesantes. Como ha señalado Annick Lempérière,¹ una ironía de la historia quiso que el primer centenario del movimiento de independencia, el que se inició la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 con la rebelión de Hidalgo contra el poder colonial, fuera celebrado por el antiguo régimen dictatorial del general Porfirio Díaz, y que a su vez, la consumación de la Independencia, hecha por los criollos conservadores encabezados por Iturbide, le tocara al régimen revolucionario organizar el evento.

Las celebraciones de Independencia durante el siglo XIX estuvieron rodeadas de polémicas acerca de si celebrar el inicio o la consumación, como lo ha señalado ya el doctor Víctor Orozco en su interesante obra "Hidalgo o Iturbide", y es solamente a finales del siglo, cuando se impone la fecha de 16 de septiembre que curiosamente, coincide o se hace coincidir con el cumpleaños de Porfirio Díaz.

Durante las celebraciones en el mes de septiembre se privilegió mostrar los avances del régimen porfirista: su avance material expresado en las comunicaciones, o sea, los ferrocarriles; el respeto internacional para México a cien años de su Independencia; la reconciliación nacional expresada en la exitosa fusión de españoles e indígenas y sobre todo, la paz pública lograda a partir del último cuarto del siglo.

El general Álvaro Obregón organizó en 1921 las fiestas del primer centenario de la consumación de la Independencia, las cuales, según el dictado presidencial, serían revestidas de un carácter eminentemente popular y dentro del más puro "mexicanismo", sin que se pudiera definir precisamente a qué se refería con esto último, fue evidente su interés por expresarlo, al menos en las actividades festivas en formas novedosas como por ejemplo, en el concurso La India Bonita, el traje de China Poblana más típico, y se insistía en el "colorido nacional".

(Continúa en p. 37)

tor como Borges, no escribe desde el coto cerrado de la Patria, cualquiera que ella sea, sino desde la *universalidad* de la lengua.

Es esta *universalidad*, me parece, la que habría que restituir cuando leemos a nuestros grandes escritores, sean Borges o José Revueltas, sean Huidobro o José Gorostiza.

(viene de la p.10)

Las celebraciones parecieron caer en el olvido durante los años subsecuentes, incluso el 20 de noviembre fue celebrado de una manera discreta con una ofrenda floral en la tumba de Francisco I. Madero durante los años veinte por parte de un grupo de seguidores suyos. En 1928 se inició una celebración más o menos formal con una carrera deportiva en la ciudad de México, por cierto de relevos. Fue hasta 1936 bajo el régimen de Lázaro Cárdenas cuando la fecha es adoptada oficialmente como conmemorativa de la Revolución mexicana, y se celebra desde entonces con un desfile deportivo.

En ocasión del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución, las fiestas se unieron por primera vez y su máxima expresión fueron los fuegos artificiales cuyo significado aún está por descifrarse.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural". *Historia Mexicana*, XLV (1995), p. 2.

*Doctor en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Profesor Investigador de tiempo completo en el Dpto. de Filosofía de la UAM-Iztapalapa y reconocido crítico literario.

¹ Galaxia Gutenberg, Madrid, 2008.

² Siglo XXI Editores, México, 2007.

³ Vid., "Nuestro pobre individualismo", en *Otras inquisiciones*, p. 51.